

La diplomacia sudamericana en la Decena Trágica

Pablo Yankelevich*

En la madrugada del 20 de febrero de 1913, Francisco I. Madero, preso en la intendencia del Palacio Nacional, conversaba con el ministro de Cuba. El presidente había firmado su renuncia, corrían las últimas horas del maderismo y se temía que también fueran las últimas de su vida. Madero ocupó una silla, cruzó las piernas y confesó: “Ministro, si vuelvo a gobernar me rodearé de hombres resueltos que no sean medias tintas. He cometido grandes errores. Pero [...] ya es tarde”. De repente interrumpió la conversación y preguntó: ¿Qué cosa es la Enmienda Platt?¹ Sorprendido, Manuel Márquez Sterling intentó una respuesta cuando una interrupción de Madero enfiló el diálogo hacia otros rumbos.

En 1921 la Universidad Nacional otorgó a Márquez Sterling el grado de doctor *Honoris causa*. En su discurso frente al rector José Vasconcelos, el ex ministro de Cuba regresó a aquella escena: “me interrogó de pronto: ¿Qué cosa es la enmienda Platt?” Como si la pregunta hubiera permanecido en la memoria del diplomático cubano ocultando un enigma que no fue

capaz de descifrar en aquel febrero de 1913. Ocho años más tarde Márquez Sterling creyó interpretar el significado:

Entendí que su noble pensamiento se dilataba sobre nuestro mundo americano y con la enmienda Platt se le ocurrió de seguro el aspecto más enigmático de la diplomacia continental, escollo contra el que coordinarían su política los gobiernos y los pueblos hispanoamericanos. Significa la enmienda Platt el pesimismo opuesto al nacionalismo, y conduce al propósito de la independencia sin el propósito de la soberanía.²

Nunca sabremos las auténticas razones de la repentina pregunta de Madero, lo cierto es que el fantasma de la enmienda Platt parece haber acompañado las últimas reflexiones del presidente depuesto; instalando, por otra parte, una persistente inquietud en quien fue su interlocutor aquella noche de la Decena Trágica.

En el espacio continental, la Revolución de 1910 estalló desafiando el espíritu de esa Enmienda. Madero alcanzó la presidencia en 1911 y quince meses más tarde un fiel custodio del espíritu de esa enmienda, el embajador esta-

* El Colegio de México.

Agradezco a Rafael Sagredo su generosa ayuda al proporcionar información sobre la diplomacia chilena en México.

¹ Manuel Márquez Sterling, *Los últimos días del presidente Madero*, La Habana, Imprenta Nacional, 1960, p. 232.

² *El Figaro*, La Habana, enero 1921.

dounidense Henry Lane Wilson, hizo cuanto estuvo a su alcance para “poner en orden” a México.

La enmienda Platt, ese anexo a la Constitución Cubana de 1901 que consagró el derecho estadounidense a ocupar la isla, amenazó a toda Hispanoamérica. Las consecuencias de contradecirla resultaron dramáticas en las naciones próximas a Estados Unidos, y ninguna más próxima que México. Sin embargo, en los países más distantes, aquellos cuya dependencia de Estados Unidos era menor, la enmienda alertó para terminar destrabando mecanismos defensivos asentados en la creencia de que la estabilidad política, el poderío militar y el crecimiento económico constituían reaseguros que permitirían resistir los embates imperiales. En realidad, no sólo se trataba de resistir. En los albores del siglo XX, el optimismo de las elites dirigentes sudamericanas instaló el ilusorio convencimiento de que las naciones que gobernaban podrían servir de contrapeso a la desenfrenada expansión estadounidense.

En los espacios de la diplomacia continental, con frecuencia se sucedían desencuentros producto de aquella quimérica fortaleza que permitiría desafiar y contrapesar la voluntad de Estados Unidos. Argentina siempre encabezó esa toma de distancia. Se trataba de la nación que en la Primera Conferencia Panamericana de 1889 había impugnado las pretensiones hegemónicas de la Casa Blanca lanzando el desafiante lema de “América para la humanidad”.³ Un ejemplo más de esas periódicas escaramuzas tuvo lugar en México, poco antes del alzamiento de Madero. Desde un furioso anti-monroísmo, Jacinto García, representante de Argentina en México, sostuvo una polémica periodística con el embajador Henry Lane Wilson, en la que por cierto también participaron, aunque mucho más diplomáticamente, el ministro chileno Eduardo Suárez Mújica y el encargado de negocios bra-

sileño Félix Cavalcanti.⁴ “Argentina condena la Doctrina Monroe y repudia el dominio norteamericano en Cuba” fue el titular de *The Mexican Herald* del 29 de julio de 1910. El embajador estadounidense enfureció. Durante algunos días la prensa capitalina dio cuenta de la polémica entre los representantes de Argentina y de Estados Unidos.⁵ Las quejas contra el diplomático argentino llegaron a Washington y pronto se transmitieron a Buenos Aires. La cancillería argentina pidió explicaciones a García y éste en su defensa expresó: “somos los más independientes, los más progresistas y los más alejados de los *yankees* en América; se nos señala como sus futuros competidores, y no es inexplicable que nos teman y traten de contrariar”.⁶ Éste era el clima de ideas que se respiraba en la diplomacia rioplatense apostada en América Latina. Sin embargo, por sus “excesos verbales” Jacinto García fue trasladado a Lima dando por terminada la polémica y de paso su gestión ante el gobierno de Porfirio Díaz. Henry Lane Wilson se anotó un pequeño triunfo, dejando en claro que no permitiría que ningún representante diplomático acreditado en México impugnara la misión civilizadora que el destino había reservado a los Estados Unidos.

En este ambiente detonó la Revolución de 1910. México estaba lo suficientemente lejos para despertar algún interés en la política exterior de los gobiernos sudamericanos. Sin embargo, la situación cambió cuando el presidente Madero fue asesinado y a las pocas semanas Woodrow Wilson juró como presidente de Estados Unidos. Fue entonces que el conflicto entre el nuevo gobierno estadounidense y Victoriano Huerta imprimió rumbo al actuar sudamericano.

¿Por qué? Hacia 1911, cuando Madero inauguraba su gobierno, los gobiernos de Argentina, Brasil y Chile (ABC) consiguieron desactivar añejas rivalidades que en más de una oportunidad

³ Thomas MacGann, *Argentina, los Estados Unidos y el sistema interamericano. 1880-1914*, Buenos Aires, Eudeba, 1960; Arthur Whitaker, *The United States and Argentina*, Cambridge, Harvard University Press, 1954.

⁴ *The Mexican Herald*, México, 27 de julio de 1910.

⁵ *El Tiempo*, México, 3 y 5 de agosto de 1910; *El País*, México, 3 de agosto de 1910.

⁶ Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Argentina, (AMREA), Sección Diplomática y Consular (SDC), caja 1166, García, 2 de agosto de 1910, ff. 9 y 10.

estuvieron al borde del estallamiento de guerras entre las tres naciones vecinas. Comenzó entonces a gestarse una alianza tendiente a buscar soluciones arbitradas que garantizaran el mantenimiento de la paz en sudamericana. Este fue el espíritu que hacia 1912 animó la formación de una entente llamada ABC,⁷ mediante la cual se pretendió limar las asperezas generadas por las aspiraciones hegemónicas de estas naciones. La hora de gloria del “Pacto del ABC” pareció llegar a finales de 1913, cuando se conocieron las declaraciones de Woodrow Wilson anunciado que su país abandonaría toda política de ocupación territorial para privilegiar mecanismos que garantizaran la paz y la democracia.⁸ En esta atmósfera, desde las cancillerías de Buenos Aires, Santiago y Río de Janeiro se imaginó que el ABC sería reconocido por Washington como un interlocutor serio al que se consultaría en cuestiones medulares de la política interamericana.

En buena medida, aquellas declaraciones del presidente Wilson fueron detonadas por los sucesos de la Decena Trágica en México, y por su determinación de negar reconocimiento al gobierno de Victoriano Huerta en tanto resultado de un magnicidio. Por esta razón, desde marzo de 1913 el Departamento de Estado mantuvo informadas a las cancillerías del ABC sobre la política que seguiría con Huerta, política que a la postre condujo al desembarco de tropas estadounidenses en Veracruz en abril de 1914. Este juego diplomático desembocó en las Conferencias de Niágara Falls, celebradas en mayo y junio de aquel año. Se trató de una “mediación pacificadora” convocada por los gobiernos de Argentina, Brasil y Chile, en la que participaron diplomáticos de estas tres naciones y representantes de los gobiernos de Wilson y de Huerta. La mediación resultó un fracaso, pues el ABC no consiguió que los revolucionarios mexicanos

se integraran a estas negociaciones y, por el contrario, se encargaron de denunciar la complicidad de los mediadores con la política intervencionista de Estados Unidos en asuntos internos de México.⁹

Es decir, la diplomacia sudamericana pasó a involucrarse en la cuestión mexicana sólo después de los asesinatos de Madero y Pino Suárez. Mientras tanto, la Decena Trágica fue observada a través de la prensa sudamericana y por supuesto a través de los informes de los representantes diplomáticos. Sobre estas miradas dará cuenta este trabajo, en un intento por exhibir las aproximaciones sudamericanas al *cuartelazo* que clausuró la experiencia democrática maderista.

Como punto de partida, habría que considerar que los sectores dirigentes de las tres naciones sudamericanas fueron congéneres de la elite porfirista. Se trató de personajes ricos, cultos y blancos, fervientes defensores de órdenes políticos excluyentes y racistas. Por ello, no es difícil inferir el tipo de opiniones que expresaron sobre la Revolución y el gobierno de Madero, como tampoco es difícil advertir las aproximaciones hechas desde la llamada “prensa seria”. Por ejemplo, en las páginas de *La Nación*, vocero de la dirigencia rioplatense, podían leerse las reservas con que se interpretó la renuncia de Porfirio Díaz en mayo de 1910:

Si la paz se afirma, si la libertad encuentra garantías, si el progreso continúa, querrá decir que el general Díaz ha caído por no haber comprendido a tiempo que le había llegado la hora del retiro. Si ocurre lo contrario, quizá habrá que reconocer que no se equivocaba, al creer necesario el régimen que durante tantos años impuso al país.¹⁰

⁷ Martin Mullins, *In the Shadow of the Generals: Foreign Policy Making in Argentina, Brazil and Chile*, Farnham, Ashgate, 2006.

⁸ *President Wilson on the United States and Latin America. Address before the Southern Commercial Congress at Mobile, Alabama, October 27, 1913*, Boston, World Peace Foundation, 1913.

⁹ Berta Ulloa, *La Revolución intervenida. Relaciones diplomáticas entre México y los Estados Unidos. 1910-1914*, México, El Colegio de México, 1971; Friedrich Katz, *La guerra secreta en México*, 2 vols., México, Era, 1982.

¹⁰ *La Nación*, Buenos Aires, 20 de mayo de 1911.



No muy distintas fueron las opiniones de la elite brasileña. En el conservador periódico *O Estado de São Paulo* se anotó respecto a Porfirio Díaz: “Ustedes pueden encontrar su dominación feroz y tiránica, y muchos ya la han encontrado, pero México sin duda se desarrolló, evolucionó y progresó bajo su mandato”.¹¹

Si en los sectores más liberales de esas elites, el triunfo electoral de Madero abrió expectativas de reformar el sistema político mexicano, las noticias sobre la inestabilidad de su gobierno, las sublevaciones rurales, la oposición en el Congreso, muy pronto confirmó que el país era incapaz de cobijar utopías democratizadoras. El cónsul argentino Pedro Goytia, ya durante la campaña electoral de 1911, informaba que Madero “no tiene ni el prestigio, ni el talento, ni la ilustración, ni la suficiencia que da la experiencia de la vida política, sirviéndose de elementos de las más bajas esferas del pueblo”. El panorama era sombrío: “todo el país está en plena anarquía, con la indiana armada, cometiendo asesinatos, salteamientos y robos que horrorizan”.¹² Las imágenes de la barbarie rural se expresaban en los periódicos sudamericanos a través de aluviones de noticias sobre asaltos, crímenes y destrucciones causadas por ejércitos campesinos. Como si la composición indígena de esos ejércitos no fuera suficiente muestra del atraso y la incultura, un diario de Minas Gerais informaba que en el caso del zapatismo se trataba además de partidas compuestas “exclusivamente por leprosos”, soldados con rostros enmascarados para cubrir manchas y deformidades que aterran a la población.¹³

Esa mirada conservadora de las elites dirigentes y sus diplomacias tuvo algunas excepciones. Una muy reconocida ha sido la de Manuel Márquez Sterling, cuyo libro contribuyó a la primera reconstrucción histórica de “los últimos días del presidente Madero”.¹⁴ Sin em-

bargo, hubo otra notable excepción que la historiografía aún no ha terminado de recuperar. Se trata de la labor y los escritos de Anselmo Hevia Riquelme, ministro de Chile en México desde julio de 1911.

Entender las simpatías que Madero despertó en este diplomático obliga a recordar que Hevia Riquelme procedía de las filas del Partido Radical chileno, del que había sido uno de sus vicepresidentes.¹⁵ Ese radicalismo de matriz liberal extrema se constituyó como partido político en la década de 1880, y a la vuelta del siglo fue uno de los afluentes del socialismo en aquel país sudamericano. Hevia no fue un socialista pero sí un liberal convencido en las virtudes del parlamentarismo, del laicismo, de la educación pública y obligatoria, de la necesidad de introducir reformas legales que garantizaran mejores condiciones de vida y de trabajo a los obreros y campesinos chilenos. Fue además un firme y decidido civilista opuesto a la injerencia de las fuerzas armadas en la administración de la política de su país. Su arribo a la diplomacia fue resultado de acuerdos y componendas en el interior de la llamada República parlamentaria que dirigió los destinos chilenos por algo más de treinta años.¹⁶

¹⁵ Sobre el radicalismo chileno véase Luis Palma Zúñiga, *Historia del Partido Radical*, Santiago, Andrés Bello, 1967; Julio Sepúlveda R., *Los radicales ante la historia*, Santiago, Andrés Bello, 1993; Peter G. Snow, *Radicalismo chileno: historia y doctrina del Partido Radical*, Santiago, Francisco de Aguirre, 1972; Juan García Covarrubias, *El partido radical y la clase media*, Santiago, Andrés Bello, 1990; Leopoldo Castedo, *Chile: vida y muerte de la república parlamentaria*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.

¹⁶ Anselmo Hevia Riquelme (1856-1925) se graduó de abogado en la Universidad de Chile, ocupó distintos puestos en la administración de justicia de Chile. Se desempeñó como intendente de Valparaíso (1891), regidor de Santiago (1891-1894) y alcalde de Talca (1894-1897 y 1906-1907). Fue diputado en distintos momentos entre 1891 y 1900; ministro de Industria y Obras Públicas en 1907 y ministro de Interior en 1919. Inicio su carrera diplomática en 1901 como ministro plenipotenciario en Brasil, donde permaneció hasta 1907. Entre 1909 y 1911 fue ministro plenipotenciario en Japón, desde donde se trasladó a México para el desempeño de igual posición hasta 1914; William Belmont Parker, *Chileans of today*, Santiago, Imprenta Universitaria, 1920, pp. 351-352; Armando de

¹¹ *O Estado de São Paulo*, São Paulo, 25 de noviembre de 1910.

¹² AMREA, Sección Política, México 1910-1913, Goytia, 20 de julio de 1911, ff. 95, 96 y 101.

¹³ *Minas Gerais*, 15 de julio de 1913.

¹⁴ Manuel Márquez Sterling, *op. cit.*

Hevia Riquelme encontró en Madero a un semejante en materia política. De ahí que sus acercamientos a la realidad mexicana estuvieron muy lejos de visiones maniqueas y racistas. En cambio, destaca el esfuerzo por descifrar las claves de una realidad compleja y contradictoria.

Para este diplomático, el triunfo electoral de Madero representó la primera elección libre en más de tres décadas. Sin embargo, el esfuerzo democratizador tropezaba con un sinnúmero de dificultades. En un pormenorizado informe escrito a comienzos de 1912 analizó esas dificultades. En primer lugar, si bien la Revolución acabó con Porfirio Díaz, no alcanzó ni al Poder Legislativo ni al Judicial, “que por ser facturas del Dictador dificultan los actos del Gobierno del señor Madero”. En segundo término, los amigos del general Díaz, quienes colaboraron con su administración de más de 30 años, “los que se enriquecieron y especularon, son enemigos que si no conspiran se dedican a dificultar la administración”. El tercer lugar, el pueblo mexicano que no había conocido otra cosa que la dictadura, transitaba a un régimen de libertad. “La verdadera democracia y la efectividad de las libertades públicas, escribió el diplomático chileno, sólo puede alcanzarse con ilustración y con el ejercicio de los derechos civiles y políticos”. Nada se había hecho para remediar esta situación, ni siquiera existen verdaderos partidos políticos, “lo que tenemos son facciones que obedecen a agitadores y caudillos”. En cuarto lugar, estaba el problema de las tierras y de los pueblos despojados. Madero no había podido cumplir sus promesas de restitución de fundos,

[...]esta es la cuestión social que ha levantado y hecho prosperar al zapatismo en los estados de Morelos, Guerrero, Puebla de Tlaxcala, estados que más sufrieron los abusos y desmanes de las autoridades en la administración pasada.

Ramón, *Biografías de chilenos. Miembros de los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial, 1876-1973*, Santiago, Universidad Católica, 1999, vol. 2, pp. 210-211.

En quinto lugar, Hevia Riquelme advertía que uno de los errores mayores era la falta de profesionalismo en un ejército, que además se había visto engrosado con algunas fuerzas ex revolucionarias, mal organizadas y peor instruidas. En sexto lugar, señalaba la incapacidad de Madero para ensanchar el empleo público, de ahí que muchos ex revolucionarios defraudados pasaron a engrosar el número de agitadores contra el gobierno. Por último, la prensa que había perdido las subvenciones y

[...]ha pasado a atacar y a alarmar. Algunos van más lejos todavía, insultan y calumnian, empezando por el presidente de la república. No sé —escribió el chileno—, si esto lo hacen porque así entienden que debe ejercitarse la amplia libertad de que hoy gozan por primera vez, o porque son enemigos de Madero, o porque quieren forzar a Madero a que los vuelva a subvencionar.

Sea como fuere, la prensa de un modo muy eficaz estimulaba la revuelta y contribuía a alterar el orden público. En fin, anotó Hevia Riquelme,

[...]el actual presidente cuya inteligencia, honradez, patriotismo y sanos propósitos no puede ponerse en duda, se encuentra en serias dificultades. El señor Madero ha cometido errores, sin duda, errores antes y después de asumir el mando supremo, pero ellos no son insalvables y pueden fácilmente remediarse.¹⁷

Los errores no fueron remediados y el domingo 9 de febrero de 1913 inició la cuenta regresiva del régimen que encabezó. El testimonio del ministro chileno es exhaustivo en la descripción de todas y cada una de las reuniones del cuerpo diplomático, los encuentros entre Madero y

¹⁷ “Oficio del Ministro de Chile en México al Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, México, 10 de febrero de 1912”, en Sol Serrano (ed.), *La diplomacia chilena y la Revolución mexicana*, México, SRE, 1986, pp. 50-53.

Huerta, entre éste y los golpistas atrincherados en La Ciudadela, entre familiares de Madero, miembros del gabinete, diputados y senadores. Es cuidadoso en presentar los denuedos del ministro de Cuba y el suyo propio para garantizar la vida de Madero y Pino Suárez. Sucede que en aquellos días flotaba en el ambiente una versión que Hevia Riquelme temía fuese verdadera. Se afirmaba que

[...]no debía permitirse al Presidente salir para el extranjero, porque indudablemente volvería al país y haría de nuevo la revolución, y que era necesario que no quedara ningún Madero vivo ni con dinero.¹⁸

Este diplomático dejó constancia de las distintas ocasiones que Huerta se comprometió a respetar esas vidas, y después de los asesinatos realizó una meticulosa reconstrucción de lo sucedido en la noche del 22 de febrero de 1913. Para ello contrastó la versión oficial sobre la muerte de Madero y Pino Suárez con los testimonios que recabó después de recorrer los rumbos de Lecumberri. Revisó las declaratorias de testigos presenciales como los chóferes de los automóviles en que viajaron las víctimas y los victimarios. Dio cuenta de los antecedentes del mayor de rurales, Francisco Cárdenas, asesino del presidente Madero, analizó los testimonios de “los multimillonarios” Ignacio de la Torre, yerno de Porfirio Díaz y de Luis García Pimentel, “jefe del Partido Católico”, quienes sin esconder los deseos de ver “fusilado a Madero”, asumían con orgullo sus responsabilidades en el financiamiento de la asonada militar. Hevia Riquelme conversó con el embajador de Italia y con el ministro de Francia, ambos aportaron impresiones sobre la complicidad de prominentes porfiristas.¹⁹ En abril de 1913, el representante de Chile en México informaba a su cancillería:

¹⁸ “Oficio del Ministro de Chile en México al Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, México, 14 de abril de 1913”, en *ibidem*, p. 78.

¹⁹ *Ibidem*, pp. 88-92.

Yo me he formado el convencimiento de que las versiones oficiales del general Huerta y de su ministro de Relaciones Exteriores, Francisco León de la Barra, son inexactas, y que los señores Madero y Pino Suárez fueron fusilados por disposición del Gobierno.²⁰

Las observaciones y el comportamiento del diplomático chileno contrastan con los reportes del cónsul argentino y los del ministro brasileño. Pedro Goytia escribió notas diarias de lo que presencié entre el 9 y el 22 de febrero. Dado su rango consular, no participó en las reuniones y encuentros diplomáticos. En cambio, y como la sede del consulado estaba a escasos 400 metros de la Ciudadela, el argentino se armaba de valor para salir a curiosar, para luego redactar cuidadosos reportes de los destrozos en las construcciones, el armamento utilizado, el número de cadáveres, así como las horas y minutos con que se iniciaban y suspendían las acciones armadas. Entre aquellos partes de guerra, Goytia expresaba claramente sus opiniones. En su bitácora del 22 de febrero puede leerse:

Los comentarios son gravísimos, dicen que es un asesinato, pero hablando como hablo con toda imparcialidad, me inclino a creer que los amigos del ex presidente han intentado este golpe para arrebatarlos, no confiando en la suerte que les cupiera en el juicio que iba a formárseles [...]. La desaparición de Madero y Pino Suárez, creo que puede ser la salvación del país.²¹

No muy distinta fue la opinión de Jose Manuel Cardoso de Oliveira. El ministro de Brasil estuvo con Madero el 20 de febrero en la Intendencia del Palacio Nacional: “lo conforté lo más que pude con la garantía dada por el general Huerta, [...] pues me dijo recelar que lo mataran con el pretexto de un motín militar o cosa

²⁰ *Ibidem*, p. 89.

²¹ AMREA, Sección Política, México 1910-1913, Goytia, 24 de febrero de 1913 y 3 de marzo de 1913.

semejante”.²² Madero sabía que su vida peligraba, Cardoso pensó que exageraba y después del asesinato reportó a Itamaraty:

El actual gobierno, cualesquiera sean sus excesos y errores, es indudablemente legal y tal vez [representa] la última ocasión que tenga este pueblo para resurgir y salvarse de la completa anarquía [...] sin excluir la pérdida de la independencia.²³

Entre los diplomáticos acreditados en México, durante aquellas dos semanas de traiciones, intrigas y metralla, la figura central fue Henry Lane Wilson. Márquez Sterling lo convirtió en el personaje principal de su relato. “La embajada, escribió, fue el centro de una verdadera conjura en contra del gobierno y su política”.²⁴ Por su parte, sin pretender aminorar la responsabilidad del embajador estadounidense, el ministro chileno lo ubica como un actor fundamental, sobre todo en el esfuerzo por concertar entre fuerzas opositoras que en medio del bombardeo parecían incapaces de alcanzar acuerdos:

Está fuera de duda que el embajador, señor Wilson, asumió en estos sucesos una conducta muy parcial e inconveniente, a veces en contra del gobierno del señor Madero, pero de ahí a que sea el responsable de la caída del Gobierno y de la muerte [...] de Madero y Pino Suarez hay una gran distancia.²⁵

De los informes de Hevia Riquelme emerge un Wilson que maniobra en dos frentes: el interno, facilitando encuentros entre los golpistas y las supuestas fuerzas leales; y en el internacional, prometiendo a los sublevados el respaldo

²² Citado por Guillermo Palacios, *Intimididades, conflictos y reconciliaciones. México-Brasil 1822-1993*, México, SRE, 2001, p. 107.

²³ *Ibidem*, p. 111.

²⁴ Manuel Márquez Sterling, *op. cit.*, p. 180.

²⁵ “Oficio Confidencial del Ministro de Chile en México al Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, México, 14 de abril de 1913”, en Sol Serrano (ed.), *op. cit.*, pp. 95.

del gobierno estadounidense, mientras se esforzaba para ganar el apoyo del cuerpo diplomático acreditado en México.

Márquez Sterling y Hevia Riquelme dejaron constancia de la manera en que Henry Lane Wilson marginó a los representantes latinoamericanos en buena parte de las acciones conjuntas: desde la presión que ejerció sobre el presidente Madero para el otorgamiento de garantías para las colonias extranjeras, hasta la sugerencia de renuncia que el embajador español llevó a Madero el 15 de febrero. En esas tareas trabajó con un pequeño círculo de diplomáticos: el inglés, el español, el alemán, bajo la excusa de que se trataba de los representantes de las comunidades extranjeras con fuerte presencia en la ciudad de México.

En realidad el comportamiento de Henry Lane Wilson obedecía a la necesidad de alejar conductas de otras diplomacias que podían objetar su actuación. No por casualidad fueron las legaciones de Chile, Cuba y Japón las que denodadamente se esforzaron por salvar las vidas de Madero, Pino Suárez y sus familias. Cuando el 18 de febrero ambos quedaron rehenes de los golpistas, Madero solicitó que fuera el ministro chileno el garante de su dimisión. Las renunciaciones deberían ser entregadas al Congreso una vez que Madero estuviera en Veracruz a bordo del crucero *Cuba*. Las traiciones que se sucedieron aquellos días, llevaron a que Hevia Riquelme no fuera el depositario de las renunciaciones y por supuesto, los detenidos jamás llegaron a Veracruz. Meses más tarde, William Bayard Hale, enviado especial del presidente Woodrow Wilson, en una pormenorizada investigación de los sucesos de febrero de 1913, dejó constancia del actuar humanitario de los ministros de Cuba y de Chile, al encabezar “una línea de conducta, totalmente opuesta” al embajador Wilson.²⁶ Por su parte, Sara Pérez, viuda de Madero, los primeros días de marzo de aquel año, desde La Habana,

²⁶ John P. Harrison, “Henry Lane Wilson. El trágico de la decena”, en *Historia Mexicana*, vol. 6, núm. 3, enero-marzo de 1957, p. 385.

se encargó de dejar testimonio de agradecimiento al ministro chileno

[...]por el interés y el empeño con que nos ayudó en nuestras penas y dificultades [...] Tenga la seguridad, nuestro buen amigo, que le guardamos todos una gratitud especial en nuestros corazones, y que mi marido, desde el cielo también le agradece todo lo que ha hecho por nosotros.²⁷

Además, el comportamiento humanitario del chileno tuvo una nueva oportunidad de manifestarse cuando el 28 de febrero de 1913, el ingeniero Manuel Bonilla, secretario de Fomento de Madero, pidió asilo en el consulado de Chile en Mazatlán. Hevia Riquelme hizo gestiones ante el canciller De la Barra y el secretario de Guerra, Manuel Mondragón, quienes dieron garantías “de que su vida será resguardada, y que no se implementará contra él ninguna medida violenta”. Esta vez los funcionarios cumplieron la palabra empeñada y Manuel Bonilla llegó a la ciudad de México días más tarde, “debidamente custodiado y teniendo la ciudad como cárcel, bajo su palabra de honor” de que no abandonaría la capital.²⁸

En las antípodas de la actuación del chileno se ubicó el argentino. Este cónsul en reiteradas ocasiones se negó a participar en cualquier labor humanitaria, a pesar de la manera en que insistía en los efectos devastadores de la contienda armada. Un ejemplo de ello fue una comunicación que en 1914 dirigió a su cancillería indicando que “un buen número de agricultores mexicanos” concurrían diariamente a su oficina “a los fines de obtener información para trasladarse a Argentina”. Frente a estas solicitudes y de manera confidencial, Pedro Goytia escribió:

Mi deber como funcionario, es defender a mi país de la invasión de esta gente con

²⁷ “Oficio Confidencial del Ministro de Chile en México al Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, México, 14 de abril de 1913”, en Sol Serrano (ed.), *op. cit.*, p. 94.

²⁸ *Ibidem*, p. 102

pocos hábitos de trabajo, escasa moralidad, costumbres perniciosas, criada y educada en un ambiente propicio a la vida desordenada y a la práctica de hechos y acciones delictuosas. Por estas razones me opongo a que [...] este elemento pueda dirigirse a la República, teniendo en cuenta que, dados sus antecedentes étnicos, sería muy nociva a nuestra masa popular.²⁹

Si cuando Huerta asumió la presidencia nadie podía dudar de que su régimen fuera una creación del gobierno estadounidense; pocas semanas más tarde nadie podía creer que la Casa Blanca se convertiría en su principal enemigo externo. La salida del presidente William H. Taft, y su reemplazo por Woodrow Wilson, dio esperanzas a la oposición en México al tiempo que permitió establecer una línea de comunicación directa entre las cancillerías del ABC y el Departamento de Estado.³⁰

Ante el desenlace de la Decena Trágica, los representantes de Argentina y Brasil en México coincidieron en sus apreciaciones e hicieron lo posible para que sus gobiernos reconocieran de inmediato a Huerta, apoyando la actuación del embajador Henry Lane Wilson. El caso chileno fue muy distinto, Hevia Riquelme, muy pronto tomó distancia, fue llamado a Santiago y ya nunca regresó.

²⁹ AMREA SDC, caja 1450, Goytia, 3 de septiembre de 1914, *s/f*.

³⁰ Peter Calvert, *The Mexican Revolution, 1910-1914, The Diplomacy of Anglo American Conflict*, Cambridge, Cambridge University Press, 1968; Mark Gilderhus, *Diplomacy and Revolution: U.S. Mexican Relations under Wilson and Carranza*, Tucson, The University of Arizona Press, 1977; Edward P. Haley, *Revolution and Intervention: The Diplomacy of Taft and Wilson with México, 1910-1917*, Cambridge, MIT Press, 1970; Larry Hill, *Emissaries to a Revolution, Woodrow Wilson's Executive Agents in Mexico*, Baton Rouge, University of Louisiana Press, 1973; Friedrich Katz, *op. cit.*, Isidro Fabela, *Historia diplomática de la Revolución Mexicana*, 2 vols., México, INEHRM, 1985; Kenneth J. Krieb, *The United States and Huerta*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1969; Alan Knight, *U.S. Mexican Relations, 1910-1940. An Interpretation*, San Diego, University of California, 1987; Robert E. Quirk, *An Affair of Honor. Wilson and the Occupation of Veracruz*, Louisville, University of Kentucky Press, 1962.

I PAINT WHAT I USE

A Ballad of Artistic Integrity, on the Occasion of the
Removal of Some Rather Impulsive Murals from the NCA Building

"What do you paint, when you paint on a wall?"
Said John D.'s grandson Nelson.
"Do you paint just anything there at all?
"Will there be any doves, or a tree in fall?
"Or a hunting scene, like an English hall?"

"I paint what I see," said Rivers.
"What are the colors you use when you paint?"
Said John D.'s grandson Nelson.
"Do you use any red in the beard of a saint?
"If you do, is it lovely red, or faint?
"Do you use any blue? Is it Prussian?"

"I paint what I paint," said Rivers.
"Whose is that head that I see on my wall?"
Said John D.'s grandson Nelson.
"Is it anyone's head whom we know, at all?
"A Renaissance, or a Gallonstall?
"Is it Franklin D? Is it Woodrow Hall?
"Or is it the head of a Russian?"

"I paint what I think," said Rivers.
"I paint what I paint, I paint what I see,
"I paint what I think," said Rivers.
"And the thing that is dearest in life to me
"In a bourgeois hall is Integrity:
"Guesseer . . .

"I'll take out a couple of people drinkin'
"And put in a picture of Abraham Lincoln;
"I would even give you McCormick's greaser
"And still not make my art much cheaper.
"But the head of Lenin has got to stay
"Or my friends will give me the bird today,
"The bird, the bird, forever."

"It's not good taste in a man like me,"
Said John D.'s grandson Nelson,
"To question an artist's integrity
"Nor mention a precious thing like a fee,
"But I know what I like, to a large degree,
"Though art I hate to hamper;
"You twenty-one thousand conservative bucks
"You painted a radical, I say shucks,
"I never could rent the office --
"The capitalist's office."
"For this, as you know, is a public hall
"And people want doves, or a tree in fall,

"And though your art I dislike to hamper,
"I see a little to bed and dresser,
"And after all . . .
"It's my wall . . ."

"He'll see if it is," said Rivers.

E. B. WHITE



Sin embargo, más allá de estas opiniones, las decisiones que los países sudamericanos tomaron respecto a Huerta, no dependió de los informes que recibían de sus representantes en México, sino de los que estaban en Washington. Los ministros de Argentina, Brasil y Chile, que a la postre terminarían siendo los delegados del ABC a las conferencias de Niágara Falls,³¹ fueron los artífices de una entente sudamericana que pretendió influir en el curso de la política mexicana. Esa entente coincidió con el presidente Wilson negando reconocimiento a Huerta, a manera de presión que acompañó la estrategia estadounidense. Más tarde, esa coincidencia se extendió a tratar de buscar una salida negociada a la crisis que originó la ocupación militar del puerto de Veracruz.

Para los países del ABC, por encima de la suerte de México, importaba el reconocimiento como interlocutores por parte del gobierno de Estados Unidos. De manera muy clara lo expresó Rómulo Naón, embajador argentino en Washington, al ser convocado por el Departamento de Estado para estudiar la situación mexicana. Se trataba de arbitrar en un conflicto en el que Estados Unidos estaba involucrado, y ello “tiene para nosotros indudable importancia política, aún en el caso de que su resultado fuera negativo”.³² Para este diplomático, la crisis entre México y los Estados Unidos constituía una estupenda oportunidad para ganar en proyección “lo importante —decía Naón— es el reconocimiento actual de nuestra posición de completa igualdad con los Estados Unidos”.³³ Muy similar fue la valoración de Brasil, sobre

todo cuando días después del desembarco en Veracruz el Departamento de Estado e Itamaraty llegaron a un acuerdo para que la legación brasileña en México asumiera la representación de los intereses de Estados Unidos. El representante brasileño, Cardoso de Oliveira, ferviente defensor del ex embajador Wilson y amigo personal de Huerta, a regañadientes aceptó la decisión de su Cancillería de no reconocer a Huerta; al tiempo que con vehemencia se adjudicó el papel de custodio de vidas y propiedades estadounidenses en la ciudad de México. Tal fue su identificación con los intereses de Estados Unidos, que una vez derrotado el ejército federal no tardó en producirse el enfrentamiento con los jefes constitucionalistas, al punto que a mediados de 1915 Carranza amenazó con expulsarlo. Fue entonces que la Cancillería de Brasil decidió la remoción de su representante en México.³⁴ Por su parte, el comportamiento de la cancillería chilena, si bien mejor legitimada por el actuar de Hevia Riquelme, persiguió similares objetivos que las de Buenos Aires y Río de Janeiro, es decir, aprovechar la coyuntura mexicana para buscar una mejor ubicación y por tanto una mayor capacidad de negociación frente al gobierno estadounidense.³⁵ En resumen, la Decena Trágica permitió que la cuestión mexicana se instalara en la agenda diplomática y, por supuesto, en la opinión pública de Argentina, Brasil y Chile. Si antes de marzo de 1913 México era una referencia lejana, después del asesinato de Madero y Pino Suárez el país pasó a convertirse en una cuestión de política interna para los gobiernos sudamericanos.

Madero deslizó el asunto la Enmienda Platt, en una noche de hace más de un siglo, mientras reflexionaba sobre los errores que había cometido. Nunca sabremos la razón de aquella pregunta, pero podemos inferir que la interpretación de Márquez Sterling en 1921 fue producto de

³¹ Cristián Guerrero Yoacham, *Las conferencias de Niágara Falls: la mediación de Argentina, Brasil y Chile en el conflicto entre Estados Unidos y México en 1914*, Santiago, Andrés Bello, 1966; Francisco Luis Teixeira Vinhosa, “A Diplomacia Brasileira e a Revolução Mexicana, 1913-1915”, en *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*, núm. 327, abril-junio de 1980, pp. 19-81; Pablo Yankelevich, *La diplomacia imaginaria: Argentina y la Revolución mexicana, 1910-1916*, México, SRE, 1994.

³² AMREA, Conferencias de Niágara Falls, caja 1, t. 3, Naón, 23 de abril de 1914.

³³ *Ibidem*, Naón, 2 de mayo de 1914.

³⁴ Guillermo Palacios, *op. cit.*, 2001, p. 127.

³⁵ Fredrick B. Pike, *Chile and the United States, 1880-1962. The Emergence of Chile's Social Crisis and the Challenge to United States Diplomacy*, University of Notre Dame Press, 1963.

un clima político radicalmente distinto al de febrero de 1913. La Revolución ya había triunfado, Álvaro Obregón demostraba al continente que era posible gobernar sin el reconocimiento estadounidense y por esto, entre otros muchos asuntos, el México revolucionario había despertado amplios sentimientos de solidaridad en las sociedades hispanoamericanas. Este no fue el caso de Madero. Los errores que cometió en la conducción de su gobierno fueron usados por los Estados Unidos. El embajador Henry Lane Wilson no provocó esos errores, simplemente supo aprovecharlos, y en medio de todo ello, los gobiernos del ABC intentaron obtener beneficios.

De las equivocaciones de Madero y de la manera en que se mezclaron con el espíritu de la Enmienda Platt muy rápidamente aprendieron los constitucionalistas. Ante el ejército federal aprendieron que la única negociación posible era exigir su rendición incondicional; por otra parte, insistieron en defender el derecho soberano de hacer una Revolución desafiando las presiones de Estados Unidos. Finalmente, y frente a América del Sur, los revolucionarios supieron desplegar una audaz diplomacia que entre otros asuntos ventiló la complicidad intervencionista de las cancillerías de Argentina, Brasil y Chile, clausurando cualquier expectativa hegemónica del ABC en el resto de América Latina.

